

PROYECTO IT15i10036

DESARROLLO DE UNA PLATAFORMA PARA LA EVALUACIÓN DE LA COMPRENSIÓN LECTORA Y ORIENTACIONES PARA SU INTERVENCIÓN

1° EM NIVEL 6

Material Didáctico Unidad de Intervención Pedagógica

Entre textos todo es mejor

ANEXO 3



LECTUM[®]

PRUEBA DE COMPRENSIÓN LECTORA

ANEXO 3: MATERIAL DE LECTURA

Estimado(a) Estudiante: lee los siguientes fragmentos de las obras chilena “La vida simplemente” (Óscar Castro) e “Hijo de Ladrón” (Manuel Rojas) y formula autoexplicaciones sobre los tópicos expuestos a continuación. Posteriormente, reúnete en grupos de cuatro integrantes, evalúen sus autoexplicaciones y establezcan acuerdos respecto a las ideas más certeras según el análisis de los textos:

- Tema de cada fragmento.
- Problemas del mundo real a los cuales alude cada texto.
- Sentimientos experimentados por el personaje principal.
- Efectos que provoca en mí la historia de estos niños.
- Efectos que provoca en los adultos estas realidades.

LA VIDA SIMPLEMENTE (ÓSCAR CASTRO)

El tren de los mineros pita tres veces cuando las primeras casas del pueblo surgen en la distancia. La calle que corre paralela a la vía férrea —la última de la ciudad por el sur— empuja rostros curiosos a cada ventana y a cada puerta. Surge el muchacho desaharrapado y mugriento a quien el alarido del silbato y el resoplar de las calderas hicieron abandonar su trompo en el patio interior. Surge la mujer con un hijo esmirriado en los brazos, y por frente a sus ojos van cruzando los pequeños vagones con las ventanillas taponadas de rostros duros y curtidos. Surge el obrero cesante que aguarda al amigo que viene “de arriba” con los bolsillos pesados de billetes. Y la locomotora sacude sobre los techos bajos y cariadados el humo espeso de su chimenea, remeciendo los trozos de vidrio que por casualidad quedan intactos en alguna vivienda. Son las tres y quince minutos. En las ventanillas de los vagones aletean manos morenas; otras manos responden desde abajo; y el trencito, más que vidas humanas, lleva una carga de esperanzas. Esto sucede todos los días. Siempre hay rostros asomados a las ventanas a las tres y quince de la tarde. Siempre hay manos que saludan y manos que responden. Siempre hay una mujer triste que ya no aguarda nada y que contempla, sin embargo, cómo pasan los vagones por frente a sus ojos que se cansaron de mirar la vida. La calle es una cosa olvidada por los que viven más al centro. Tiene casas por un solo lado, y el viento del sur, tras galopar por los

(...)

Mis primeros recuerdos de infancia, así mezclados o confusos, parten de la figura azul y roja de Menegildo. Yo era uno de los tantos chiquillos descalzos que acudían a beber fantasías en sus labios. Mi casa quedaba a media cuadra del prostíbulo, a la vuelta de la esquina próxima. Allí vivía con mi madre y mis tres hermanas. Siete años tendría yo por aquellos tiempos. Siete años audaces, inescrupulosos y violentos. Conocí la miseria y la podredumbre humanas demasiado pronto, y tal vez por ello no me produjeron extrañeza ni repulsión. Me parecían cosas naturales el tobar y trabar pendencia. Tuve fama de bebedor y de diestro en el vocabulario arrabalero en el tiempo en que otros niños aprenden en la escuela sus primeros palotes. Mi mundo era la calle, era la vía férrea, eran los cuartos de las prostitutas, era el salón en donde bailaba desnuda la Ñata Dorila. Una vez vi a un auriga borracho tajar a su caballo hasta vaciarle las tripas, porque no quería tirar; después limpió su cuchillo en el pasto nuevo de la cuneta. Otra vez presencié la riña de dos mujeres y las vi rodar a la acequia con excrementos, unidas en un esfuerzo que era mordisco y araño. Todo eso fue para mí la vida, y así me figuré que era para todos: un terreno en donde triunfa el más guapo y el más agresivo; un mundo en el cual sólo era posible sobrevivir por la astucia y la deslealtad. Pegar primero; he ahí la ley. Y, ya vencido, fingir acatamiento y mansedumbre para asestar enseguida el golpe a mansalva.

Mis maestros fueron seres curtidos por el vicio y por la vida. Allí estaba el Diente de Oro, un hombre de pausados movimientos, habla queda y ojos escurridizos. Una siniestra aureola de pavor andaba vistiéndolo cada gesto suyo. No era el que amenaza o hiere, sino el que mata. Lo veo todavía penetrar al prostíbulo con su cara recién afeitada, su terno azul marino y sus zapatos amarillos de afilada punta. Lo veo sentarse en el sofá del

salón y sacar los billetes a puñados para pedir poncheras y música y cerveza. Lo veo borracho, erguido como una torre, silencioso en su semiinconsciencia, rasgando de un tirón preciso los vestidos de las mujeres, como animal que da un zarpazo a una res indefensa. Pero después pagaba los perjuicios con una generosidad escandalosa.

HIJO DE LADRÓN (MANUEL ROJAS)

Una semana después, convertido en sirviente, hambriento, mal tratado, sucio y rabioso, comprendí que existía algo peor que perder la madre y tener al padre en Sierra Chica o en Ushuaia y que ese algo peor era el estar expuesto a que cualquiera, sin necesidad y sin derecho, lo tratara a uno con la punta del pie. Isaías era algo así como una mula y como una mula procedía con toda persona o animal que estuviese bajo su dependencia: pateaba con su pierna de palo argollada de su dependencia: pateaba con su pierna de palo argollada de hierro, al perro, a las gallinas, a las gallinetas, a los pavos y a Bartola, la de los hermosos ojos; nada se le escapaba. Al recibir la primera patada ni siquiera lloré, tan grande fue el estupor y el dolor que sentí; no había recibido hasta entonces sino uno que otro coscorrón y tal o cual palmada en el trasero, muy suave todo. La patada de Isaías — imposible llamarla puntapié—, recibida inesperadamente y en pleno sacro, pareció partirme la espalda. El dolor me dejó sin palabras y sin lágrimas, aunque la espalda. El dolor me dejó sin palabras y sin lágrimas, aunque después, cuando el bárbaro se hubo ido, lloré bastante, más que de dolor, de vergüenza y de coraje. No pude comprender, y todavía no comprendo, por qué a un muchacho que ha comido dos panes en vez de uno sólo, como se espera, se lo pueda dar una patada. Pero mi coraje no fue pasivo: busqué, mientras lloraba, un trozo de ladrillo, y la dejé en un sitio que me quedara a mano en cualquier momento encima de uno de los horcones del gallinero. Días después, dos o tres, recibí la segunda patada, la última: olvidé cambiar el agua de las gallinas y echar el pasto a las gallinetas, un pasto que debía ir a buscar a la parte baja del terraplén del ferrocarril. Sentí el mismo dolor y el mismo estupor, 67 pero ya sabía lo que tenía que hacer. El bárbaro, ignorante de mis propósitos, eligió mal el lugar en que me soltó y pegó la segunda coz: el trozo de ladrillo estaba al alcance de mi mano. Reteniendo los sollozos lo tomé y casi sin apuntar, lo disparé, dándole en el cráneo: vaciló, inclinándose, y se llevó la mano a la cabeza, mirándome entretanto, con asombro: acostumbrado a la mansedumbre del perro, de las aves y de su mujer, le extrañaba que alguien le contestara: en la misma o parecida forma. Cuando vi que la, sangre empezaba a correrle por una de las mejillas, me refregué las manos, como quien se las limpia de algo que las ha ensuciado, y hui hacia el fondo del terreno, que estaba siempre lleno de charcos de agua y de barro; atravesé la cerca y subí al terraplén; desde allí me volví y miré: Isaías continuaba en el mismo sitio, mirándose la mano llena de sangre; Bartola, parada cerca de él, me miraba como despidiéndose

(...)

Así salí al mundo, trayendo una madre muerta, un padre ladrón —condenado a muchos años de presidio— y tres hermanos desaparecidos; era, quizá, demasiado para mis años, pero otros niños traerían algo peor. Yo, por lo menos y en descargo traía una infancia casi feliz, cariño, hogar, padres, hermanos. Sentía que eso, a pesar de los policías y de los calabozos, era un sostén, una base. Cuando recordara mi niñez y parte de mi adolescencia, mis recuerdos serían, por lo menos, tiernos. Sólo una persona me había tratado mal: Isaías; pero Isaías quedó con la mano en la cabeza, sintiendo correr su sangre, asombrado de que el hijo de la paisana Rosalía pagara en esa forma el sacrificio hecho al recibirlo en su casa.

GUÍA. Material de elaboración propia, a partir de las obras “Hijo de Ladrón” y “La Vida Simplemente”.

http://www.escritores.cl/libros_gratis/hijo%20de%20ladron.pdf

<http://guiaestudiantil.cl/biblioteca/libros/362.pdf>